

Emigrante en activo

Carlos Tapia Peñalba

NACIDO EN CASTILLA LA VIEJA

Nací en 1946 en Quintanarraya, pequeño municipio de la provincia de Burgos, una de las ocho provincias de la entonces Castilla la Vieja, junto con Santander, Logroño, Soria Segovia, Valladolid y Palencia, pero sin León, Zamora ni Salamanca. Recuerdo con emoción a toda mi familia: mis padres Filomeno y Antonina. Los cuatro hermanos: Pablo, Pilar, Carlos y Alejandro.



Mis padres: Filomeno y Antonina. Los cuatro hermanos: Pablo, Pilar, Carlos y Alejandro.

Era una familia de lo más tradicional, en la que se cumplió todo lo que era frecuente: el hermano mayor emigró a Alemania al finalizar su servicio militar, la hermana “sirvió” en Madrid, el tercero, yo, tuve que irme a estudiar interno a la capital provincial, y el pequeño tuvo que hacerse cargo de las labores agrícolas. Puedo decir que mi tierra natal era una “madre mala”, enferma de miseria, aunque no una “mala madre”, ya que, por su bondad natural, al menos nos daba los cereales para el pan de cada día y los pastos para el ganado, con que cultivar los campos. Toda la comarca era pobre en lo económico y en lo cultural, aunque en ganadería y agricultura mi pueblo era relativamente próspero. Por algo fue uno de los primeros en que se hizo después la concentración parcelaria. Recuerdo haber oído que nos llamaban, en esos aspectos, los “americanos” de la comarca. Sí “americanos” como los que nos mandaban la leche en polvo y el queso amarillo que nos repartían a la hora del recreo en la escuela. La agricultura no producía suficiente y de la ganadería vivían relativamente bien sólo unos pocos.

Fueron tiempos del “racionamiento” vigente hasta el año 1951, a juzgar por el hecho de que este año ya no se cortaron los cupones de mi documento personal por el que se conseguían los alimentos básicos.

Yo no recuerdo haber pasado hambre, aunque sí que las condiciones de habitabilidad de la casa familiar eran muy precarias. A las cuadras de las mulas y los cortijos de los cerdos se pasaba por el mismo portal de la casa de la planta baja en que estaba el comedor, la cocina de fogón y un dormitorio con alcoba. No había aseo y la cuadra se usaba como retrete. El comedor se destinaba durante varias semanas al año a criar los pollitos recién nacidos, que pasaban

Emigrante en activo

TARJETA DE ABASTECIMIENTO

COMISARIA GENERAL DE ABASTECIMIENTOS Y TRANSPORTES

DATOS DEL TITULAR

Nombre: Carlos (Nombre) | Apellido: López (Primer apellido) | Segundo apellido: González

Sexo: M | Nacimiento: día 2 mes Septiembre año 1916 | Años cumplidos: _____

Estado civil: _____ | Profesión: _____

Lugar de nacimiento: Municipio de Montemayor | Provincia de Ávila

Nombre del padre: Adrián | Id. de la madre: Rafaelina

Para los extranjeros: nacionalidad _____

Domicilio: calle o plaza de Montemayor nº 25 de Septiembre de 1948

Serie: 103M | Número: 104 1948

Firma del interesado: Montemayor (Provincia) | a 5 de Julio de 1948

ES COPIA
El Delegado de Abastecimientos,
Rafaelina López

DELEGACIÓN QUINTA A. V. O. AVILA 1948

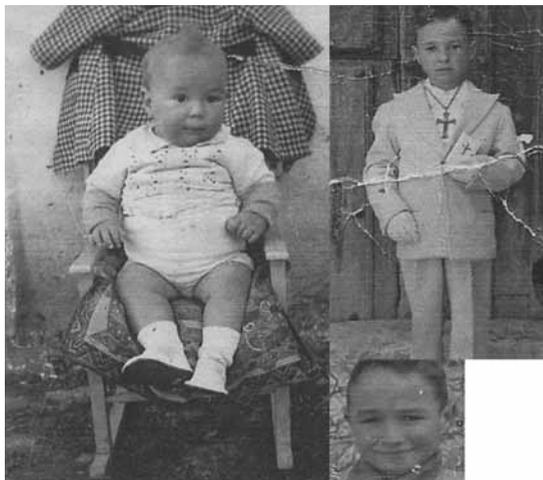
1.º semestre 1951
2.º semestre 1951

Consérvese cuidadosamente este documento y los cupones que tiene por ser todo ello indispensable para obtener y usar colecciones de cupones de racionamiento.

Cartilla de racionamiento.

luego a los gallineros. Precisamente los gallineros nos facilitarían la carne y los huevos con los que yo mataría con frecuencia el hambre. Fui feliz en la tierna infancia y en los años de monaguillo, hasta la Primera Comunión y en la escuela.

Todos los recuerdos de entonces son más bien agradables, propios de un niño feliz con sus padres, hermanos y con el único abuelo que conocí, Braulio, el padre de mi madre. De juegos infantiles tengo variados recuerdos. Una lata rectangular de conservas con una cuerda fue mi primera “camioneta”. De mayorcitos jugábamos al hinque, una especie de estaca que clavábamos en el suelo de hierba intentando tirar la de otro compañero.



Fotografías de mi infancia.

Las canicas y la trompa¹ eran otros juegos habituales. A veces nos dedicábamos a correr con un aro controlándolo con el cuadro de una varilla con mango de palo de saúco. Nos afanábamos en conseguir alfileres escondidos en un montoncito de arena sobre el que lanzábamos un trozo de teja para descubrirlos. A los ochavos también jugábamos. El andar con zancos de palos, o sobre botes con cuerdas, era una forma de hacer equilibrio.

Más recuerdo los trabajos. No había crecido lo suficiente para ver la plataforma donde se acostaban las gallinas y tenía que limpiar sus excrementos a diario subiéndome en un cajón. Entresacábamos las plantas de remolacha y echábamos polvos insecticidas con una media vieja de la madre. Teníamos que eliminar las malas hierbas de los sembrados utilizando para ello una pequeña horquilla de palo y una hoz para cortarlas. También matábamos las hierbas “recalcando”, pasando el arado romano muy superficialmente por el fondo de los surcos. Recogíamos cardos por los campos para el ganado, tras lavarlos en “la poza” y cocerlos en el fogón. Otra forma de colaborar para la mejora de la economía familiar era pescar cangrejos con reteles al atardecer, o caracoles por los arroyos. La limpieza de las cuadras de las mulas y los cortijos de los

¹ Peonza. (N.E.)

cerdos era un trabajo que recuerdo como especialmente desagradable. El gallinero grande lo limpiábamos, cuando no había gallinas, para celebrar allí bailes al son del acordeón de Marcelino.

Todos los trabajos eran compatibles con el horario de la escuela, a la que asistí hasta los doce años, cuando me mandaron intemo al Seminario de Burgos. El edificio escolar era una sala a la que acudíamos unos 40 niños y al lado estaba la sala de otras 40 niñas. Ahora son 6 entre niños y niñas, y la escuela mixta es parte de lo que era la sala de las niñas. La sala que era de niños es el centro de los mayores actuales, los que quedan de los mismos niños y niñas de antaño, algunos de aquellos que sumaban 80. En los asientos, que llamábamos “pupitres” había un agujero especial para el tintero y un espacio rebajado en la tabla para la pluma.

Según me decía mi madre, yo era un niño dispuesto siempre a complacer a los padres, ya fuera trabajando, estudiando o jugando. Creo que yo admiraba y respetaba a los mayores. Pero especialmente a los padres por su sacrificada dedicación a sus variados trabajos -labranza, ganadería, carpintería y herrería-, con los que mantener y mejorar el patrimonio familiar. La labranza era atendida por un obrero con el apoyo de la madre, hasta que pudo hacerlo el hermano mayor. Eran muy entretenidas las labores sobre las numerosas y pequeñas fincas repartidas por el término municipal, especialmente sembrar y segar el cereal. El padre cuidaba la ganadería y trabajaba en la carpintería, haciendo arados romanos. En la herrería reparaba las rejas de los arados y afilaba el corte de los azadones, de los que también hacía los mangos en la carpintería. Seguramente que al verle fui aprendiendo las habilidades de “manitas” que yo tengo. Hice en una ocasión un carro en miniatura, de los tradicionales con ruedas de radios y palitos en los tapiales. La madre se encargaba de una o dos mantanzas anuales, de las que yo repartía a varios vecinos el “caldo-mondongo”, y de cocer en el horno familiar, repartiendo también las hogazas.

Claro que parece ser que no había mucho que ganar a juzgar por el capital manejado en lo que ahora sería la compra especulativa de un solar, que muestra en siguiente documento.



Escritura de compraventa de un huerto.

Es un curioso ejemplo del relativismo de lo que llamaríamos ahora negocio inmobiliario. Allí el huerto sigue igual sin bloques de viviendas, ni fábricas contaminantes, ni nada. Pero puede que algo haga yo en él al terminar mi larga emigración laboral.

TRABAJÉ EN CATALUÑA Y ARAGÓN, Y RESIDO EN ZARAGOZA PENSANDO EN CASTILLA Y LEÓN

Vivo en Zaragoza con mi familia -esposa, tres hijos y dos nietos-, desde hace treinta años, cuando logré mi plaza de funcionario, procedente de Cataluña. Había estado de paso en Barcelona y Tarragona, desde 1971, al aprobar las oposiciones para el Cuerpo Superior de Policía -"la Secreta"- en Madrid. Antes había hecho el Bachiller Superior en Aranda de Duero, tras los cursos de latín y Filosofía en sendos seminarios de Burgos.

Pienso en Castilla y León, por ser mi Comunidad Autónoma actual, a la que vengo dedicando gran parte de mi tiempo libre trabajando por su prestigio desde sus asociaciones representativas -las casas regionales-, especialmente desde que consolidé mi vida personal, familiar y profesional hace ya treinta y siete años. Pero mis actuaciones no se limitan al provecho de Castilla y León, sino que pretenden colaborar a una mejor vida social de todos los españoles, ya que España es la tierra, donde, aún siendo en ella emigrante, en ella nací y, viviendo en ella, a ella dedico mis pensamientos.

Mi particular "memoria de emigración" me trae recuerdos de una larga etapa de mis actuaciones en provecho de mis paisanos castellano-Leoneses. Al llegar a Cataluña, a comienzos de los setenta, descubrí por... "contraste" que yo era... "castellano", ya que los de alrededor se decían "catalanes". Como yo había muchos, especialmente entre militares, religiosos y funcionarios, profesiones no atractivas para los de allí, posiblemente porque representaban y trabajaban para el gobierno de la España, centralista para ellos. Los inconvenientes eran más que las ventajas y había que estar a la defensiva para organizar la "autodefensa" entre quienes, con frecuencia, decían: "si buscas una mano que te ayude, la encontrarás al final de tu brazo". Cierta inseguridad sobre el futuro profesional animaba las tertulias entre compañeros y paisanos, como lo demuestra el hecho de que dos pequeños grupos, casualmente presentes en un bar de las Ramblas de Tarragona, coincidimos al calificar como necesaria la creación de una entidad desde la cual trabajar por nuestros intereses. Esa misma noche nos trasladamos a ver un restaurante que había cerrado por escaso negocio y salimos de él convencidos de arrendarlo inmediatamente, como pronto hicimos, Sin descanso buscamos paisanos y amigos por todas partes, logrando ser enseguida los suficientes para lanzamos ya en la creación del Centro Castellano-Leonés de Tarragona, con sede en la calle León nº 3, el restaurante que visitamos hacía poco. Muchos aportamos los mil duros a fondo perdido y varios nos comprometimos en seguir haciendo campaña de captación de socios, redacción de los estatutos y formación de la Junta Directiva.

Todo nos salió rodado. El nombre de la entidad, coincidente luego con el de la Comunidad Autónoma en el llamado Estado de las Autonomías, nos

resultó positivo para unas eficaces relaciones institucionales. Entramos en relación con el resto de las entidades, las llamadas desde siempre “casas regionales”, aunque la mayoría de ellas eran “provinciales”. Mantuvimos, como seguimos manteniendo con orgullo, nuestro planteamiento inicial de ir transformando ese ámbito “provincial” de la mayoría de ellas en verdaderos centros culturales de ámbito “regional” para actuar con eficacia por los intereses de los paisanos y el prestigio de la Comunidad. Nuestra economía mejoró notablemente por disponer de una extraordinaria fuente de ingresos ilegal hasta aquellos mediados años setenta. Teníamos nada menos que el primer bingo instalado en Tarragona. Nos lo concedió Fraga, como lo había hecho a otras varias casas regionales. Los ingresos eran tan importantes como para hacemos soñar en la construcción de un centro de enseñanza “para castellanos”, que no pudo realizarse. Este fracaso no lo veo ahora como tal, ya que los inconvenientes de tal logro hubieran sido muchos más que las ventajas al tener que encajar aquella posible entidad con las correspondientes instituciones catalanas

Varios años después sí conseguimos algunos otros logros, como el ser escuchados en algunas reivindicaciones para ser apoyados en la realización de actividades culturales y recreativas, coordinadas incluso con el Centro Castellano-leonés de Barcelona mediante una naciente Federación, luego más potente, aunque con algunas circunstancias adversas, como lo es la escisión de aquella entidad mediante la creación del Círculo de Castilla y León.

Por aquellos años (1974-1977), desarrollé con intensidad mi vida profesional, dentro de las dificultades y tensiones propias del final del franquismo y nacimiento de la democracia. Mi vida familiar también estaba encaminada, viviendo ya con esposa y dos hijos en piso propio, comprado por 350.000 pesetas pagadas con el dinero prestado por los suegros. Además había mejorado mi formación estudiando Derecho en la Universidad de Barcelona, desplazándome allá con la oportuna frecuencia.

El año 1977 pedí traslado profesional, solicitando tres capitales: Burgos, Valladolid y Zaragoza. Conseguí la última, ya que las plazas de las dos primeras quedaron ocupadas, probablemente, por otros varios paisanos también emigrantes en Cataluña y otros territorios españoles.

En las tierras catalanas de España quedó el fruto de mis primeros entusiasmos regionalistas a través del Centro Castellano-Lleonés. Pero mis afanes de trabajar por el progreso y prestigio de Castilla y León habían aumentado con aquella experiencia y tenía que hacerlo también en mi nuevo destino, aunque era previsible que las circunstancias sociales me facilitarían cualquier iniciativa. En Aragón, al buscar una mano amiga sí que la iba a encontrar, especialmente en el ámbito profesional.

Vivo en la capital maña desde hace treinta años. Tanto yo como mi esposa celebramos con los compañeros de trabajo la incorporación a nuestros respectivos nuevos destinos. Lo que no era frecuente en Cataluña. Fue la primera diferencia agradable a favor de los zaragozanos, entre los que encontramos con muchos castellanos, especialmente de Soria.

Aquí, al poco de llegar, tuvimos una hija, con la que resulta la foto familiar que ahora nuestro orgulloso.



Retrato de familia.

Así quedó mi familia, según la foto del carné de familia numerosa: esposa Mari Carmen, e hijos Carlos, David y María. Nos instalamos en una nueva vivienda que, frente a las 350.000 pesetas que nos costó la comprado en Tarragona, ya nos costó 2.800.000 pesetas, pagadas en parte con la venta de la anterior más una hipoteca a un interés del 14 %. Claro que ahora su precio puede ser unos setenta y cinco millones.

En lo profesional las cosas también resultaron gratificantes. Tras unos pocos años de rodaje en variados puestos de trabajo, se me encargó la creación del Gabinete de Planificación de la Jefatura Superior de Policía, para preparar la primera visita del Papa Juan Pablo II a Zaragoza. Era importante garantizar la seguridad del Pontífice, que ya había sufrido un grave atentado. Otros acontecimientos, como la celebración del Día de las Fuerzas Armadas

y un segundo viaje del mismo Papa, aconsejaron la continuidad de mi nuevo Servicio, que desempeñé hasta mi pase a la segunda actividad profesional, en que me encuentro. El citado primer viaje del Papa fue un gran acontecimiento para Zaragoza. Aquí se hizo ya famoso aquel grito de: “Juan Pablo II te quiere todo el mundo”. Fueron muchos los compañeros desplazados para prestar servicio de vigilancia entre los muchos miles de ciudadanos asistentes a los actos masivos organizados con exquisito cuidado y total éxito final. Entonces tuve el honor de formar parte de la Comisión que recibió al Papa en el aeropuerto, saludándole con la extraordinaria emoción que suscitaba su personalidad:



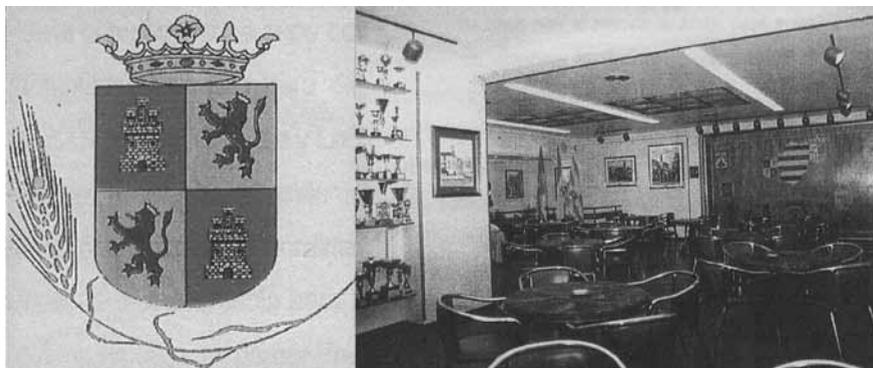
Visita del Papa a Zaragoza.

MIS ACTUACIONES EN LA CASA DE CASTILLA Y LEÓN EN ZARAGOZA

En Zaragoza he protagonizado durante treinta años el papel de emigrante que había iniciado en Tarragona al colaborar en la creación del Centro Castellano-Leonés. Comencé a trabajar para la Casa de Castilla y León en Zaragoza el año 1978, nada más llegar a esta Capital y conocer la entonces Casa Regional de Burgos, con humilde sede en Plaza de Sás, 2-2º, y tomar conciencia de que tal entidad, con sus pocos 80 socios, debía aspirar a transformarse en otra

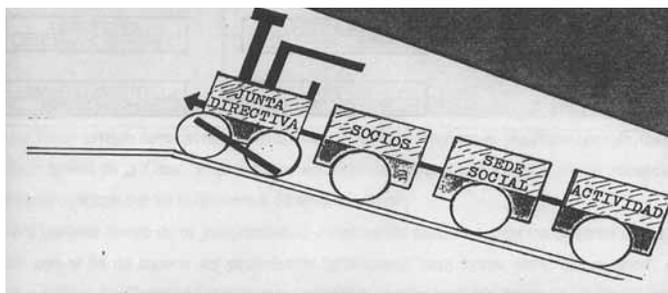
de ámbito autonómico, de acuerdo con el llamado en aquellos momentos Estado de las Autonomías. Comunicué a los directivos burgaleses mis experiencias como directivo fundador, en el año 1974, del Centro Castellano-Leonés de Tarragona, contagiándoles mi entusiasmo, que en Cataluña debimos mantener muy alto frente a circunstancias sociales adversas, como lo era el que a nuestros hijos les obligaban ya, en algunos casos, a aprender el catalán. Dialogué cuanto pude para difundir mi impaciencia por transformar cuanto antes aquella Casa de Burgos, para mí con poco futuro, seguro de que para ello habría que comprender que el arraigado sentimiento provincial y... “provinciano” de muchos de sus socios dificultaría el proyecto. Impulsé y colaboré en la modificación de estatutos con especiales adversidades, siendo la más curiosa que algunos directivos pretendían que nos llamáramos “Casa Regional de Burgos, Castilla y León de Zaragoza”, con lo que la discusión se presentaba complicada desde el mismísimo artículo primero. Difundiendo en todo momento mi entusiasmo y confianza por la transformación, colaboré en varias campañas de captación de socios, incluso con visitas a domicilios de paisanos. Lancé la campaña para la recogida de aportaciones económicas para las obras de la nueva sede entre los propios socios de la Casa Regional de Burgos, logrando casi dos millones de pesetas. Impulsé las obras de nuestra sede actual, en locales ya comprados por la propia Casa de Burgos en calle Heroísmo, 3, elaborando los planos para la redacción del proyecto, luchando en muchos momentos contra la pasividad de algunos directivos de antaño, que me acusaban de... “ir demasiado deprisa”. Colaboré intensamente en el acondicionamiento de la nueva sede, con ideas y mano de obra, desde que comenzamos a limpiar las telas de araña de los locales y colocamos en las fachadas sendos carteles en los que, para conformar a los socios de aquella casa provincial, rotulé: “Locales propiedad de la Casa de Burgos. Futura sede de la Casa de Castilla y León”. Para la difusión de nuestro proyecto entre socios, paisanos y amigos, elaboré el primer boletín, titulado “Convivencia”, publicando en él varios artículos con los criterios que nos animaban para trabajar en la transformación de la Casa de Burgos. Por la publicación de aquellos escritos se me llegó a llamar “el ideólogo de la Casa”. Envié el proyecto de construcción de la nueva sede, incluyendo la escritura de propiedad de los locales de seiscientos metros cuadrados, a todos los ayuntamientos de las capitales y a las diputaciones provinciales, así como a las entidades bancarias y cajas de ahorro en busca de apoyos financieros, aunque lamentablemente no recibimos respuesta positiva alguna. Formé parte en la Comisión de Obras para la contratación de gremios y compra de materiales, siempre tirando hacia delante, sin miedo a los gastos aunque fueran necesarios préstamos, contra la opinión de varios directivos “prudentes”, que siempre intentaban frenar mis atrevidos planteamientos. A bajo precio, compramos las

sólidas mesas de madera y mármol del salón principal y la grandiosa mesa y sillones de la sala de juntas, que aún disfrutamos:



Escudo y salón social de la Casa de Castilla y León en Zaragoza.

Dada mi calidad de “manitas”, instalé las estanterías del bar, los extintores contra incendios y los primeros cuadros en toda la sede, colaborando también en la “brigada de limpieza” formada por numerosos socios encargados de adecuar toda la sede al finalizar las obras de albañilería. Seguidamente colaboré en trabajos de pintura y carpintería para la construcción de las estanterías del bar y el mueble-biblioteca. Tras el éxito en cuanto a la captación de socios y la construcción de la nueva sede, habiendo mantenido la vieja junta Directiva, era el momento de renovar ésta, incluida su presidencia, para poder desarrollar nuevos proyectos y el programa de actividades sociales -culturales, recreativas y deportivas- adecuadas para la nueva Casa representativa ya de toda la Comunidad Autónoma de Castilla y León. La Junta Directiva tenía que ser la locomotora que moviera nuestro tren integrado por otros tres vagones: socios, sede social y actividades. Ese criterio quedó reflejado en el siguiente dibujo simbólico:



Pudiendo mostrar ya nuestra nueva sede, organicé nuevas campañas de captación de socios aprovechando los datos del padrón municipal, enviando unas 300 cartas semanales a paisanos, citándoles para la tarde del sábado a una reunión informativa en la Sala de Juntas. Enseguida pasamos de los 80 socios de antaño a 300. Había cumplido cinco años como Vocal de la Casa hasta que, al renovar la Junta, pasé a ser Vicepresidente de Relaciones Públicas para crear y desarrollar las relaciones institucionales, en especial con el entonces Consejo General de Castilla y León, que nos pagó el primer televisor de la Casa. También como Vicepresidente promoví el Congreso de Casas Regionales en Gredos, participando en el mismo con la ponencia “Coordinación de las entidades de Castilla y León en el exterior”. Organicé la conferencia para la presentación pública del flamante Estatuto de Autonomía de Castilla y León, que estuvo a cargo del primer Presidente de la Comunidad, José Manuel García Verdugo. También procuré las buenas relaciones entre las Casas de las Comunidades representadas en Zaragoza, “luciendo” en nuestra oficina sus banderolas junto a las de las demás Comunidades Autónomas de España. Buenas fueron siempre nuestras relaciones con las instituciones aragonesas. Manifiesto siempre, como lo hice en el citado boletín de la Casa: “vivimos felices en Zaragoza, porque aquí nacen y crecen nuestros hijos, y convivimos todos felices con los aragoneses y demás ciudadanos”. Dedicué bastante tiempo de mi Vicepresidencia a mejorar las relaciones entre los paisanos de las distintas provincias con el fin de superar los sentimientos “provinciales” para formar otros “comunitarios”, que nos animaran a trabajar por Castilla y León sin tener en cuenta nuestra provincia de origen. Todos los burgaleses socios de la antigua Casa de Burgos pasamos a ser promotores-fundadores de la nueva Casa de Castilla y León, dejando así reflejada la gratitud de nuestra entidad a la colaboración prestada, también importante en forma de aportaciones económicas. Todas las provincias quedaron representadas con sus escudos en el gran mural elaborado en “taraceas” en el lugar más adecuado del salón social.

Existían ya todas las instituciones autonómicas y era el momento de informar de nuestros logros y contagiar nuestro entusiasmo a otros paisanos embarcados en proyectos similares de transformación de sus Casas provinciales en comunitarias. A tal fin, colaboré en la planificación del Congreso de Casas Regionales celebrado en el Hostal San Marcos de León, siendo



miembro de la Comisión Organizadora reunida en Zaragoza con participación de numerosas Casas Regionales y Provinciales de toda España. Participé en el citado Congreso, intercambiando criterios sobre el presente y el futuro de nuestras entidades con el ahora Presidente de las Cortes de la Comunidad, José Manuel Fernández Santiago, quien redactó la vigente Ley de Subvenciones, en base a la cual nuestra Casa recibió más de doce millones en el segundo quinquenio de los ochenta y primero de los noventa, cuando más necesitábamos para la amortización de los préstamos recibidos para las obras de acondicionamiento y mejoras de la sede. Como miembro de la Comisión de Seguimiento de los acuerdos del Congreso, participé en las reuniones anuales del castillo de La Mota, en las que se estudiaron los proyectos de actividades de las Casas solicitantes de subvenciones. Por entonces elaboré un juego con imágenes datos de Castilla y León, consistente en 45 fichas con imágenes y datos de cada provincia, cuyo conocimiento tenía que facilitar a mayores y pequeños la concienciación de su pertenencia a aquella Comunidad. Elaboré las primeras memorias y programas de actividades anuales de la Casa, entre las que destacaban las deportivas por obtener en ellas numerosos trofeos.

Tales memorias-programa eran la base para las solicitudes de las más importantes aportaciones económicas recibidas de nuestra Comunidad Autónoma desde aquel año 1985. En ellas incluía variados estudios estadísticos gráficos sobre la evolución de nuestra Casa desde sus orígenes en cuanto a socios, ingresos y gastos.



Trofeos de la Casa de Castilla y León en Zaragoza.

Por aquellos años estudié la precaria situación y posibilidades de futuro de las Casas a nivel nacional, pensando siempre que las Casas de cada una de las nueve provincias, ubicadas en Madrid, por ejemplo, debían intentar crear una entidad común con una sede única rotulada con el nombre de “Castilla y León”, como nosotros habíamos hecho en Zaragoza con la transformación de la Casa de Burgos, aunque no lográramos la integración del Centro Soriano. Uno de los graves problemas de la situación era la dispersión de medios por parte de las instituciones comunitarias, que en el intento de agradar a todos repartían “migajas” para que las pequeñas sobrevivieran, manteniendo así unas trasnochadas “sendas de cabras”, cuando la velocidad necesaria de la marcha de Castilla y León hacia su futuro de deseado prestigio nos exige “autopistas”, cuya inversión debe considerarse prioritaria. Éramos muchas más entidades de las convenientes, la mayoría de ámbito provincial, sobre todo las ubicadas en el País Vasco y Madrid. Era evidente que las instituciones autonómicas tenían que urgir una transformación de aquellas entidades que pretendían representar a toda la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Pero, tras el Congreso de León, únicamente se tomaron decisiones para normalizar las subvenciones a actividades y el Registro de las Casas. Este acorde con la aprobación, en 1986, de la Ley de las Comunidades Castellano-Leonesas Asentadas Fuera del Territorio de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Los gobiernos sucesivos -Demetrio Madrid, Constantino Nalda, José María Aznar, Jesús Posada, Juan José Lucas y Vicente Herrera- no han desarrollado todo lo deseable aquella Ley, en cuanto a la transformación de las entidades tradicionales en verdaderos centros culturales y de información turística y comercial en provecho de la Comunidad que dicen representar. El año 1992, en reconocimiento a mis trabajos por el bien de la Casa desde mis cargos de Vocal (durante varias etapas) y de Vicepresidente, se me concede el Título de Socio de Honor. Creo que especial mérito tuve por la mejora de las relaciones institucionales con todos los organismos oficiales y entidades privadas. Desde el cargo de Presidente de la Casa en 1994-1995, realicé la actualización de la Junta Directiva, una nueva campaña de captación de socios y la modernización de la sede social y del programa de actividades. Había que consolidar los cuatro “pilares” fundamentales de la Casa: Junta, Socios, Sede y Actividades.

Normalicé la mayoría de los trámites burocráticos de la Casa: memorias, facturas, informes, circulares, recibos y otros impresos. Actualicé la buena imagen de la Casa con nuevos y originales medios: insignias, llaveros, trofeos, calendarios... Resolví el ya viejo tema de las devoluciones de las cantidades aportadas quince años antes por los socios para las obras -cerca de dos millones- y de la derrama posterior de 5.000 pesetas/socio. Trabajé intensamente en la ampliación de las oficinas acondicionando lo que era pequeño almacén

del bar, haciendo de albañil y de carpintero del mobiliario y ornamentos de la oficina de Secretaría y despacho de Dirección (adorno de las banderas de las Comunidades), así como del armario y “guardatableros” del salón principal, y como electricista para toda la instalación correspondiente. Participé en el Congreso de Turismo de Castilla y León en Segovia con la ponencia “Las Entidades de Castilla y León en el exterior, Centros de Cultura y Turismo de la Comunidad”, para divulgar mis conocidas ideas.

Hay casas regionales ejemplares: el Centro Castellano-Leonés de Tarragona y la Casa de Castilla y León de Zaragoza, por su claro criterio de ser digna representación de toda su Comunidad Autónoma. La segunda surgió mediante la transformación de la que era Casa de Burgos, con la importante aportación económica de los socios para construir una nueva sede social en propiedad, de 600 metros cuadrados, ahora valorada en más de setenta y cinco millones. Alguna otra transformación de entidades antiguas, o creación de nuevas, también merecen todo elogio, pero las hay que son incorrectas, por tener su origen en intereses personales y ser más bien una escisión. Nos encontramos en un presente muy parecido al pasado de hace veinte años: muchas asociaciones y, en su mayoría de poca importancia y menos fuerza para el prestigio de Castilla y León. En consecuencia, desde la Consejería correspondiente, debe impulsarse la reconversión de nuestras asociaciones actuales en Centros Culturales de Castilla y León, que sean el cauce para que los castellano-leoneses del exterior participen en la vida social y cultural de la Comunidad, cumpliéndose así el artículo 6 del Estatuto. Claro que la tarea no será sencilla, puesto que habrá que trabajar duro, como cuando se construye una casa nueva sobre otras viejas y pequeñas y con inquilinos muy mayores. Para mantener el entusiasmo, pensemos que la meta es posible, siempre que los medios (en especial los económicos) no se sigan dispersando de forma ineficaz. Poco a poco lograremos crear sedes sociales dignas (con salones, biblioteca, videoteca, sala de exposiciones y de más servicios necesarios), animadas por numerosos socios, para que los importantes programas de actividades tengan la brillantez que Castilla y León tiene en toda su vida social y cultural. Los “saltos”, apuntados antes para la transformación (reconversión), exigen muchos pasos intermedios.

Previsión sobre la legalidad para los trámites de creación de varios Centros de Castilla y León en varias capitales, estudiando la posibilidad de “monopolizar” el nombre elegido, que será el que más se adapte a los fines de esas nuevas asociaciones de castellano-leoneses: ser cauce para la participación en la vida social y cultural de la Comunidad. Por último, apuntamos que el nombre completo incluiría “culturales”, aunque el nombre de uso, incluso en los rótulos de fachada, podría ser “Centro de Castilla y León”.

Consejo decidido a las asociaciones de “ámbito menor”, existentes en una capital, en la que exista una entidad de ámbito regional, para su integración en ésta y unión de fuerzas (patrimonio y socios) de cara a la creación, de común acuerdo de la nueva asociación en dicha Capital, si reúnen las condiciones precisas.

Sugerencia a todas las asociaciones ubicadas en una misma provincia o comunidad autónoma uniprovincial, para que se integren en una sola federación de asociaciones de castellano-leoneses, dejando patente que cualquier aportación de la Consejería de Cultura será tramitada a través de tal federación única.

Tutela y control sobre la asociación de ámbito “regional” de una capital, o federación provincial de asociaciones, cuando ésta exista, para la gestión o creación de su propia sede social, ya que deberá llegar a ser la sede del Centro Cultural de Castilla y León a nivel provincial, de acuerdo con las pautas señaladas por la Consejería de Cultura. Cuando una Federación Provincial proponga la creación de un Centro en una capital, deberá acreditar que la mayoría de las asociaciones federadas de esa Capital, están de acuerdo en su “autodisolución” y aportación de bienes a la asociación nueva.

Desarrollo de la Ley de las Comunidades Castellano-Leonesas del Exterior, actualizando el registro de las mismas (con más rigor en los datos de las asociaciones, en cuanto a su patrimonio y número de socios, como base para posibles centros socioculturales) y creando su Consejo, con representación de la asociación “regional” única en capitales de Provincia y, en su caso, de las Federaciones Provinciales de Asociaciones de Castellano-Leoneses.

Potenciación del Consejo de los Centros de Castilla y León (llamado en la Ley “Consejo de las Comunidades”) dotándole de contenido en cuanto a programación de conferencias y exposiciones “itinerantes” de arte y comercio, como ejemplo de las actividades que podrán ser sugeridas por sus miembros, entre los que estará la representación de las Consejerías de Cultura-Turismo y Comercio.

Planificación de creación de Centros Culturales, a corto, medio y largo plazo, con información y asesoramiento puntual a las asociaciones implicadas, junto con las aportaciones económicas adecuadas para la mejora de sus sedes sociales y su adecuación en cuanto a salas de exposiciones, biblioteca, videoteca y demás medios.

Jornadas de formación de directivos de Centros Culturales, programando reuniones anuales, en que se estudien técnicas de gestión de Centros y de animación cultural-turística y comercial.

Los asistentes consideraron positivas estas ideas. Algunos funcionarios también consideraron que debían realizarse, aunque la actualidad muestra



25º aniversario de la Casa de Castilla y León en Zaragoza.

pocas obras al respecto. Esperemos que en la nueva Dirección General de Políticas Migratorias y Cooperación al Desarrollo de la Consejería de Interior y Justicia cambie la resignada actitud tradicional y comience a construir “autopistas”, olvidando el mantener las antiguas “sendas de cabras”.

Al dejar la Presidencia se me premia con la insignia “Espiga de Oro” de la Casa, precisamente por mi intensa actividad en el desempeño del cargo. La imposición tuvo lugar en el parque de atracciones, adecuadamente engalanado con banderolas de Castilla y León y de España.

Tras breve tiempo fuera de la Junta Directiva, entro en ella como Vocal para colaborar en la programación de la celebración del 25 Aniversario de la Casa, cuyo acto central tuvo lugar en la gran Sala Multiusos del Auditorio de Zaragoza. Otro de los actos significativos fue la inauguración de la “galería” de fotos de todos los Presidentes y reinas de las fiestas de la Casa desde su fundación, dejando constancia gráfica

A finales de los noventa intenté nuevamente la deseada coordinación de actividades con el Centro Soriano, que no conseguimos integrar en la Casa al transformar la Casa de Burgos en 1979, para lo cual elaboro unos Estatutos para la posible federación de las dos entidades castellano-leonesas. Pero no hubo éxito.

Como Vocal de la Comisión de Economía e Instalaciones, propongo a la Junta Directiva la necesidad de renovar la vieja fachada de la Casa, con 20 años de antigüedad, con la finalidad de representar mejor a nuestra tierra en



Zaragoza. Elaboro el proyecto de reforma integral de la fachada con detalles en cuanto a decoración y presupuestos, presentándolo en Junta, incluso con maqueta iluminada, pero no consigo que sea aprobado por toda la Junta Directiva, ya que algunos miembros son excesivamente “prudentes” en los gastos que yo consideraba imprescindibles. Una vez más, como buen “manitas”, colaboro en la mejora de las instalaciones aportando mi mano de obra de siempre en la adecuación del cuarto de megafonía y almacén del bar con trabajos de electricidad y carpintería en varias “chapuzas”: estanterías, armarios, luces, enchufes, rodapiés, etc.

En diciembre de 1998, el momento adecuado para programar la renovación legal de cargos de la Directiva, sigo manifestando mi entusiasmo por la Casa mostrándome dispuesto a relevar al Presidente, quien había manifestado su deseo de dejar el cargo al cumplir sus cuatro años. Pero tal proceder tan sincero, bueno siempre para la marcha de la Casa, es mal interpretado por algunos directivos, entre ellos el Presidente, dispuesto ahora a seguir en el cargo, en contra de sus anuncios anteriores.

Presento mi candidatura oficial a la Presidencia en febrero de 1999, pero la retiro al entender que existe propósito del Presidente saliente, con otros directivos, para seguir en los cargos de la Junta, aunque por afanes personales más que por beneficiar a la Casa. Organizo y gestiono la campaña informativa de otro candidato a la Presidencia que considero realmente renovador, pero sin posibilidades de éxito por la intensa actividad de algunos directivos no dispuestos a ser renovados.

Se me excluye de la nueva Directiva, sin haber cumplido los cuatro años, en compensación” por mi colaboración con el candidato opositor”, como a otros socios, aunque para ocupar mi cargo sí se incluyeron directivos que habían cumplido sus cuatro años legales y debían ser relevados. Pero vuelvo a integrarme en la Junta, como Vocal, en el año 2001, cuando ya “faltaban” varios de los directivos de “relleno” nombrados en 1999, dispuesto a resolver las deficiencias de... “orden, limpieza y claridad” que en el momento padece la sede social sobre todo en el bar-restaurante, tras el paso de varios arrendatarios nefastos.

El año 2003 presenté mi candidatura a la Presidencia, pero no convencí de la conveniencia de mis propuestas intensamente renovadoras a los presentes en la asamblea porque la mayoría de ellos habían sido convocados por el otro candidato, conocido “prudente” en todas sus actuaciones y que había sido fundador de la casa de Burgos a principio de los setenta. Actualmente la Casa tiene ese Presidente “prudente”, por lo que no hay iniciativas para las mejoras necesarias, en especial en cuanto a la modernización de la sede social construida hace treinta años. No obstante yo sigo manteniendo la esperanza en un futuro mejor, en que la Casa sea de verdad la digna representación de Castilla y León en Aragón. Yo seguiré colaborando para que así sea, orgulloso de ser Socio de Honor y Espiga Insignia de Oro, tras haber trabajado como Socio Fundador en 1978, Vocal los años 1979-1984, 1996-1999 y 2000-2003, Vicepresidente los años 1985-1989, y Presidente en 1994-1995.

Recordada ya mi “memoria de emigrante por motivos laborales” con mención de la dedicación de gran parte de mi tiempo libre a variadas actuaciones en casas regionales de la Comunidad, recuerdo seguidamente lo que considero mi primera emigración, que lo fue para estudiar.

ESTUDIÉ EN BURGOS Y MADRID

A los doce años ya no se podía seguir en el pueblo, salvo para seguir “des-tripando terrones”, como se llamaba a la única alternativa de los adolescentes que tenían que optar por quedarse. Ya al comienzo de los cincuenta varias familias enteras habían decidido intentar resolver su misérrima economía trasladándose a Cataluña, País Vasco, Madrid o al extranjero.

Mis padres tenían varios medios de vida: carpintería, herrería, labranza y gallineros. Yo no me iba a morir de hambre con ellos, pero quisieron para mí algo mejor y pidieron consejo al Cura, la persona más influyente. Sus paseos por la huerta de su casa, envidiables, eran contemplados por mis padres desde el patio de nuestros gallineros. Creo que por eso se dejaron influir más fácilmente cuando les dijo que yo tenía que ir a estudiar al seminario. Se imaginaron viviendo ellos conmigo en una casa parroquial con huerta similar a la que contemplaban a diario. No era para ellos mal seguro de vejez.

Inicié los estudios en el Seminario Menor de San José de Burgos. Allí cursé con buenas notas los cinco años de Latín y Humanidades, complaciente con los deseos de mis padres y confiando en una posible vocación sacerdotal. Era un buen estudiante, como los que ahora llaman... “repelente”, a pesar de que me resultó angustioso por la separación de la familia y el ambiente casi cuartelero. Todo resultó de lo más rutinario, incluso los paseos por la capital burgalesa, en fila de tres en tres, cruzándonos con frecuencia con curas, monjas y militares, todos ellos muy corrientes allí entonces.

Mediados aquellos cinco años de encierro, vino a verme mi hermano mayor, al pasar camino de Alemania, donde permaneció varios años, hasta lograr entrar en la flamante Michelín de Aranda de Duero. En uno de sus viajes de vacaciones me trajo una máquina de escribir -una Olimpia 33-, que era comparable al mejor portátil de ahora mismo. Fue una de las pocas alegrías extraordinarias. Tuve que buscarme formas de entretenimiento para los recreos que no fueran patadas a un balón o manotazos a una pelota contra las paredes. Me dedicaba a instalar luces en el escenario o cepillar las piedras del presbiterio de la capilla, de la que fui nada menos que Maestro de Ceremonias. Fue un acontecimiento extraordinario mi peregrinación a Roma por celebrarse allí el Concilio Vaticano II. Presenciamos algunas de las sesiones conciliares. Me tocó el viaje en la rifa entre los compañeros que habíamos comprado los



Mi etapa de estudiante en el Seminario.



Peregrinación a Roma.

correspondientes boletos. Resultó que yo, el único premiado, había sido también el único que había comprado dos boletos.

Pensaba que la experiencia iba a clarificarme las ideas en mi búsqueda de la posible vocación sacerdotal. Pero resultó que el ver lo que era allí la Iglesia, con toda su lujo y parafernalia, me produjo más bien impacencias y cierta confusión, aunque no tanto como para considerar que sea totalmente acertado el dicho que “Roma viduta, fide perduta”². No obstante sí que me traje la tradicional bendición papal para la familia.

El año 1964 pasé al Seminario Mayor de San Jerónimo para estudiar la Filosofía. Era un precioso edificio al lado del castillo, con bonitas vistas sobre la ciudad burgalesa, convertido ahora en hotel.

El ambiente ya no era cuartelero. Cada uno teníamos nuestra habitación independiente, en lugar de los salones de estudio y los dormitorios colectivos anteriores.

Cada uno teníamos nuestra habitación independiente, en lugar de los salones de estudio y los dormitorios colectivos anteriores.

Creo que fue otra etapa positiva de mi vida, en la que se fraguó mi formación personal en cuanto a la responsabilidad y sacrificada disciplina en el trabajo. Fueron muchas horas diarias de estar solo. Fue entonces cuando me convencí de que es mejor ser,



Bendición papal.

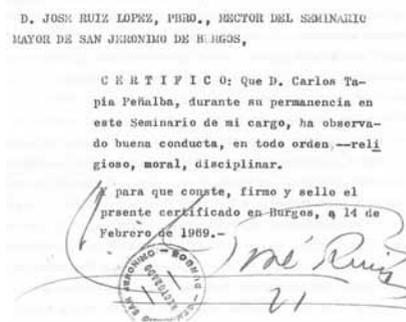
² Deriva del dicho “Roma locuta, causa finita”. (N.E.)

estar y sentir, que tener que tener, moverse y hablar. Dispuesto a cualquier resultado, puse sobre mi mesa de estudio todos los pros y contras de estudiar la Teología. Resultó que finalicé los tres cursos de Filosofía, de acuerdo con mis profesores y quedando como buen amigo de todos los compañeros, pero disgustando, desde luego, a mis padres, que ya se imaginaban los padres del cura de pueblo. El Rector así lo certificó.

Era el verano de 1966 y había que trabajar duro en la agricultura familiar. Me consideré castigado a hacerlo con especial dedicación por haber renunciado al sacerdocio, lo “bueno” que mis padres preferían para mi. Hice de todo: cavar remolacha, segar a mano y con máquina gavilladora, acarrear con carro de redes y trillar. Me resultaron interminables aquellos tres meses de duros trabajos agrícolas, en especial la trilla con las vueltas sin fin sobre el trillo arrastrado por las mulas.



Seminario Mayor de San Jerónimo.



Certificado de estudios.

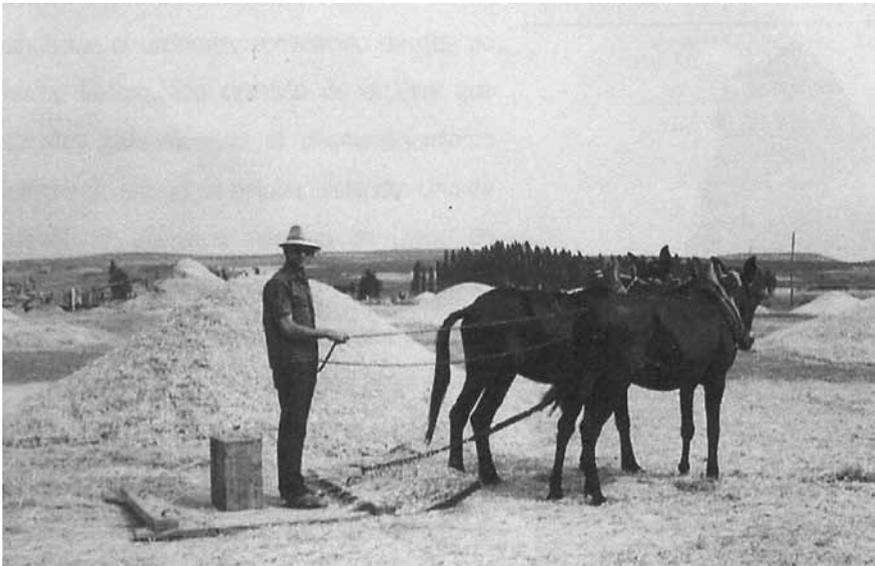


En el Seminario Mayor.

Estaba impaciente por terminar aquellos trabajos y hacer los exámenes en Aranda de Duero para la convalidación de todos los estudios eclesiásticos con el Bachiller Superior. Para esto, a primeros de septiembre me aislé del mundo en un apartamento de mi tío Ulpiano en Aranda, con tanta dedicación al estudio y tan solo que me encontraron desfallecido en el suelo. Hice los exámenes y conseguí la convalidación. Estaba decidido a seguir estudiando, pero compatibilizando el estudio con algún trabajo para no sacrificar económicamente a los padres, para lo cual emigré a Valladolid, donde había emigrado también mi hermana Pilar, a casa de unos primos. Tras breves intentos de trabajo, me trasladé a Madrid. Allí estuve unas semanas en casa de mis padrinos, un pequeñísimo apartamento en la calle Lavapiés, durmiendo en el pequeño comedor en una camita plegable. Comía alguna vez en la calle Embajadores el menú del día: “tres platos, por 28 pesetas”.

Estudié todo lo que me llegaba a las manos: cursos de Matemáticas y Contabilidad y oposiciones de Agente de la Administración de Justicia y Contadores del Estado. Trabajé de administrativo en la empresa Navazo, y como chófer del señor Orfila y como camarero en la Embajada de Italia, pendiente de cumplir el servicio militar.

Así, llegó la puñetera mili, un paréntesis de mi vida de emigrante y parón de los estudios. Me tocó cumplirla en Sidi-Ifni, donde había algunas tensiones



En la trilla.

sociales ya que tan solo hacía diez años que fue “pacificado” aquel territorio junto con el Sahara. Nos llevaron en avión desde Sevilla a la base ordinaria del ejército, desde la que me pasé voluntariamente a la Legión para un duro período de instrucción. Luego me las apañé para prestar el servicio en la Segunda y Tercera Sección y Estadística de la Plana Mayor de Mando de la XIII Bandera de la Legión, Tercio General Mola. Aliado del bar de oficiales, en el que estaba destinado como camarero mi primo Restituto, por lo que nuestros aperitivos de media mañana estaban garantizados. Nos sentíamos allí muy aislados, muy lejos de la Península, siempre añorándola como Madre Patria. El ambiente de cuartel legionario no era muy distinto de los otros cuarteles de “los pistolas”, ya que éramos más los de reemplazo ordinario que los verdaderos legionarios voluntarios. No obstante sí convivíamos con demasiados “porreros”. Llevé con resignación el uniforme, convencido de que no iba a ser por mucho tiempo. Era cuestión de esperar que finalizaran los trámites para finalizar el desmantelamiento militar, que a mediados de año ya se estaba iniciando. Uno de mis trabajos consistió en copiar a máquina un Diario de Órdenes escrito a mano, con la promesa del Teniente Coronel Timón Lara de que, cuando lo terminara, me daría permiso, cosa que conseguí a finales de año. Lo pasé en casa de mis padres, comiéndome una gallina enterita el mismo día de la llegada. Al regresar me encontré con bronca porque decía el jefe que me había ido sin su permiso, cuando la realidad fue que, ante mi insistencia en que debía cumplir lo que me prometió, el permiso, me había respondido: “haga usted lo que se le ponga en los c. “. y es lo que hice.

Especial recuerdo tengo de la operación de apendicitis que me tuve que hacer con urgencia. La cicatriz que tengo, de unos quince centímetros, demuestra que me operaron al estilo antiguo. Según me dijeron, cuando desperté de la anestesia, me habían dado por muerto porque tardé mucho más de lo normal. A pesar de la bronca citada, quedé como buen chico con los jefes, que amablemente me entregaron un certificado para que pudiera disipar las posibles dudas en cuanto tuviera que buscar trabajo, si decía que había cumplido el servicio militar en la Legión.

A mediados de Enero de 1969 ya estábamos en casa, pensando en volver a emigrar para trabajar, a ser posible aprovechando los estudios ya olvidados: Contabilidad y oposiciones de Agentes de la Administración de Justicia y de Contadores del Estado. Como antaño, me puse a trabajar en cualquier cosa para seguir acudiendo a oposiciones. Trabajé de nuevo de chófer con la familia Orfila-Otermín, una de cuyas hermanas, Margarita, era la mejor amiga de Carmen Franco, la mismísima nieta del Caudillo.

Decidí que mi profesión definitiva tenía que ser un trabajo para intentar mejorar la vida social, de dedicación a los demás, más que de labor mecánica-



En el servicio militar.

DON ANTONIO, ORPEDES DEL REY, CAPITAN DE INGENIERIA (E.A.) GRUPO DE "TIEMPO DE ARMAS", JEFE DE LA COMPAÑIA DE PLANA MAYOR DE LA BANDERA GENERAL NOLA, XIII DE LA LEGION, DE LA QUE ES PRIMER JEFE EL CORONEL DE INGENIERIA (E.A.) CEBIFORMANDO DE ARMAS", DON JOSE MARIA TIMON LARA,

C E R T I F I C O: Que el Legionario CARLOS TAPIA PERALBA, perteneciente a esta Unidad, durante su permanencia en la misma, ha desempeñado el cargo de escribiente en las Oficinas de 2ª, 3ª Sección y estadísticas de la PLANA MAYOR DE MANDO, demostrando gran capacidad para el trabajo e intachable conducta.

Y para que así conste y surta efectos donde convenga, expido el presente certificado, con el Vº de del jefe de la Unidad, en Sidi Ifni, a los cuatro días del mes de enero de mil novecientos sesenta y nueve.

Julian Capurcu

VE DE
EL CORONEL,

Amig

Certificado de servicios.

mente productiva. Como otros muchos seminaristas ‘rebotados’, opté por hacerme policía de “La Secreta”, Claro que, como no tenía ningún enchufe, tenía que hacerme a la idea de que no iba a aprobar a la primera. Así que busque otro trabajo compatible y, si podía ser, preparatorio y de prácticas de materias policiales. Con esos planteamientos ingresé en la Policía Armada, “Los Grises”.

Tras el período de formación en el cuartel de Canillas, me tocó hacer prácticas en Madrid acudiendo con frecuencia a la universidad para acallar las protestas estudiantiles, como las que habían surgido en Francia unos años antes. En una ocasión, al acudir a la facultad de Económicas, nos encontramos con una lluvia de ladrillos sobre nuestras cabezas. Fue duro también tener que reprimir a los empleados de empresas muy importantes, como la Barreiros, donde nos recibieron lanzándonos los millares de tomillos que tan a mano tenía como arma de defensa y ataque. Luego nos impusieron un castigo colectivo de prestar servicio en las dependencias de la Plaza de España de Barcelona por haber protestado algunos ante ciertas deficiencias en el comedor del acuartelamiento en que la mayoría de la promoción se alojaban. Con tantas movidas me fue difícil la preparación para las oposiciones de La Secreta, pero no las dejé de la mano hasta que logré aprobarlas en junio de 1971, Tras la formación correspondiente en la Escuela Superior de Policía, logré puesto de trabajo en

Tarragona, donde, como he recordado en mi especial memoria de emigrante, establecí mi vida profesional y familiar, comenzando lo que considero una positiva colaboración con paisanos y amigos, a través de las casas regionales, para procurar el progreso y prestigio de nuestra Comunidad de origen dentro de la España de todos.



Con el uniforme de la Policía Armada.